



Las cruces se pueden llevar de distinta manera

[ Audio [SoundCloud](#)]

[ Audio [G Drive](#)]

Recordemos como nos empuja la Santa a mirar a Jesús sufriendo:

«Si estáis con trabajos o triste, miradle camino del huerto: qué aflicción tan grande llevaba en su alma, pues con ser el mismo sufrimiento la dice y se queja de ella. O miradle atado a la Columna, lleno de dolores, todas sus carnes hechas pedazos por lo mucho que os ama; tanto padecer, perseguido de unos, escupido de otros, negado de sus amigos, desamparado de ellos, sin nadie que vuelva por Él, helado de frío, puesto en tanta soledad: que el uno con el otro os podéis consolar. O miradle cargado con la cruz, que aún no le dejaban hartar el huelgo. Miraros ha Él con unos ojos tan hermosos y piadosos, llenos de lágrimas, y olvidará sus dolores por consolar los vuestros, sólo porque os vayáis vos con Él a consolar y volváis la cabeza a mirarle» (Camino de Perfección 26, 5).

Hay tantas clases de cruces como personas: cruces de penas y dolores, cruces de necesidades, cruces de abusos, cruces de amor herido, cruces de fracasos, etc. Pero a pesar de ser tantas cruces y tan distintas, solo hay una forma concreta de llevarlas, que es la del camino del Calvario, que es el camino de la cruz.

a) Se pueden llevar las cruces de la vida con rabia, como el mal ladrón, una actitud muy frecuente entre los hombres: rechazar toda clase de dolor, o llevarlo con un profundo malestar. No se soporta ni el dolor ni el fracaso; se ve como una cruz sin sentido. Algo que nos envía el Señor, lo podemos hacer inútil, y encima nos podríamos alejar de Dios. Esa es una cruz que no nos sirve para santificarnos; al contrario, muchos se desesperan y se amargan ellos y a quienes tienen a su alrededor. Esa es la cruz que lleva uno de los ladrones, Gestas, que no quiso aprovecharse de la compañía de Cristo. Ante las cruces de la vida, no rechazamos los consuelos y las misericordias de parte de Dios. No cerremos nunca los oídos a la voz de Dios. Él nos habla con las cruces de la vida: «*Si escucharais hoy su voz, no endurezcáis vuestro corazón*» (Sal 94,7-8).

«Estas almas, por la mayor parte, las lastima cualquier cosa que digan de ellos, y no abrazan la cruz, sino llévanla arrastrando, y así las lastima y cansa y hace pedazos. Porque si es amada, es suave de llevar; esto es cierto» (Conceptos del amor de Dios 2,26).

b) También se pueden llevar las cruces de la vida con resignación, como el buen ladrón, aceptándolas porque no hay más remedio. Así la aceptó el buen ladrón, Dimas. Este se mira a sí mismo, se reconoce culpable del castigo que está sufriendo, y compara la culpabilidad suya con la inocencia de Jesús. Con humildad, reconoce sus pecados y lleva desde ese momento la merecida cruz con resignación. Recibió la gracia de Dios por aceptar la cruz, y cambia por completo en los últimos momentos de su vida. Cruces llevadas de esta manera suelen dar mucho fruto espiritual, al



darnos cuenta de que al lado nuestro está también crucificado el Señor, que no estamos solos. La Santa lo dice por la experiencia de tantas cruces.

«Acuérdense que no da Dios a ninguno más trabajos de los que puede sufrir y que está su Majestad con los atribulados. Pues esto es cierto, no hay que temer, sino esperar en su misericordia que ha de descubrir la verdad de todo» (Carta 284,2).

Esta es una forma de llevar la cruz que acaba salvando, porque uno es consciente de que al lado está Jesucristo, y que, si se lo pedimos, también como al buen ladrón nos llevará al paraíso. Que lo sepamos aprovechar, porque es un buen camino de ganarnos el cielo a través de las cruces de la vida, bien llevadas, aunque hasta ahora nos hayan costado, e incluso las hayamos rechazado como Gestas, pero al darnos cuenta de su valor, podemos rectificar y sacar provecho de ellas como Dimas. Dice la Santa, que son inevitables, Dios nos las envía.

«De cosas corporales de enfermedades no se aflija mucho. Ya sabe que si ha de gozar del Crucificado, ha de pasar cruz; que esto no es menester que se lo pidan..., que a los que Su Majestad ama, llévalos como a su Hijo» (Carta 235,11).

c) También a veces la cruz aparece sin buscarla, como le sucedió a Simón el Cirineo. Jesús, a pesar de los esfuerzos, se va agotando. Los soldados echan mano del Cirineo. Fue el primero que probó la cruz de Cristo, pero solamente llevándola un rato a costas. Simón, al menos al principio, la llevó forzosamente. Le parecía una gran ofensa verse obligado a llevar una cruz que no era suya. Después, al advertir la paciencia y la mansedumbre de Jesucristo, sintió verdadera piedad hacia Él y acabó llevándola de buen grado. El Señor paga muy bien los servicios que se le hacen y recompensará la ayuda prestada dando la fe también a sus dos hijos, Alejandro y Rufo. Todo empezó por un encuentro inesperado con la Cruz. «*Me presenté a los que no preguntaban por mí, me hallaron los que no me buscaban*» (Is 65,1). Pensemos como el Cirineo que, al aliviar a nuestros hermanos a llevar la cruz, estamos aliviando al mismo Cristo al que alivió el Cirineo. Lo ha dicho Él: «*Lo que hagáis con uno de estos lo hacéis conmigo*» (Mt 25,24).

Muchas veces ante una cruz inesperada, que no es nuestra, podemos conocer un poco más de cerca a Jesús, podemos ayudar a llevar la cruz a los hermanos. Si no lo hacemos, nos dice la Santa que deberíamos llorar.

«¿Por qué hemos de querer tantos bienes y deleites y gloria para sin fin, todos a costa de el buen Jesús? ¿No lloraremos siquiera con las hijas de Jerusalén, ya que no le ayudemos a llevar la cruz con el Cirineo?» (Vida 27,13).

d) La mejor forma de llevar las cruces de la vida es abrazarse a ellas como lo hizo Jesús. Con esta actitud Él nos enseña a llevar la nuestra. Jesús no se hizo su cruz, la que le hubiera venido bien, sino que se la hicieron para Él, y en ella nos salvó a nosotros. Fue la cruz que Dios quería para su Hijo en ese momento. Jesucristo, sin culpa, abrazó la cruz porque era la voluntad de su Padre Dios. «*No se haga mi voluntad sino la tuya*» (Lc 22,42). Cargándola con mucho amor, y pensando que con ello hacía mucho bien a todos los hombres, a todas las almas, no dudó en llevar la cruz, hecha por los pecados



de los hombres, hasta el final. Con esta forma de llevar la cruz, de abrazarla, el Señor ha dado un sentido especial a nuestras cruces de la vida, al sufrimiento de los hombres, al dolor. Pudiendo habernos ayudado de otras muchas formas, lo quiso hacer a través de la cruz, del sufrimiento, y por amor a los hombres, y así lo dice: «*nadie tiene amor más grande que aquel que da la vida por sus amigos*» (Jn 15,13).

«Si hubiéramos de andar a escoger los que queremos y dejar los otros, (cruces), no sería imitar a nuestro Esposo, que con sentir tanto en la oración del Huerto su Pasión, el remate era: "fiat voluntas tua". Esta voluntad hemos menester hacer siempre, y haga Él lo que quisiere de nosotros» (Carta 246,22).

Llevando así la cruz, abrazada con amor, hizo mucho bien a los que se encontraron con Él en el camino del Calvario, a cuantos se acercaron a verle pasar con la cruz auestas. Esta forma de llevar la cruz salva y ayuda a otros a salvarse también.

[...] Llevemos así la cruz, como Jesús, para que los que nos vean llevarla abrazada, puedan beneficiarse de nuestra forma de llevar la cruz, y se animen ellos también a hacerlo así. Las personas santas han descubierto que el dolor, el sufrimiento, la contrariedad dejan de ser algo negativo en el momento en que no se ve la cruz sola, sino con Jesús que pasa y sale a nuestro encuentro. «*El compartir sus sufrimientos es señal de que compartiremos su gloria*» (Rom 8,17). No nos hace ningún agravio, dice la Santa.

«Poned los ojos en el Crucificado, y todo se os hará poco. Si su Majestad nos mostró el amor con tan espantables obras y tormentos, ¿Cómo queréis contentarle con solo palabras? ¿Sabéis qué es ser espiritual de veras? Hacerse esclavos de Dios, a quienes, señalados con su hierro, que es el de la cruz, porque ya ellos le han dado su libertad, los puedan vender como esclavos de todo el mundo como Él lo fue, que no les hace ningún agravio ni pequeña merced» (7Moradas 4,9).

«*Contempladlo y quedaréis radiantes*» (Sal 34,6). Y el (Salmo 114) «*Contemplad el rostro del Señor*». Es decir, mirarle mucho en estos días. Para eso se hizo hombre, para que le pudieran mirar, y mirándole, cambiar de vida. Santa Teresa nos daba un gran consejo:

«No os pido más de que le miréis. Pues ¿quién os quita volver los ojos del alma, aunque sea de presto si no podéis más, a este Señor? Pues podéis mirar cosas muy feas, ¿y no podréis mirar la cosa más hermosa que se puede imaginar?» (Camino de Perfección -autógrafo de Valladolid- 26,3).



Solo Dios basta, ... ¡Ave María y adelante!